

realizaron conversiones verdaderamente milagrosas. Escena edificante era ver las muchedumbres que salían á recibir á la Madre Santísima de la Luz, que en devota procesión y escoltada por sacerdotes y autoridades, hacía su entrada triunfal en el pueblo que tenía la suerte de ser favorecido con la gracia extraordinaria de la misión. Se la colocaba en el altar mayor bajo elegante dosel, donde recibía los suspiros y las lágrimas y jaculatorias que le dirigían las almas heridas por la espada de la palabra de Dios. En todos los pueblos misionados dejaba una copia de la maravillosa pintura, satisfaciendo así la devoción de los fieles que se sentían inflamados en amor á la celestial Reina.

Los beneficios otorgados por la Virgen Santísima no se limitaban al orden espiritual, sino que abrazaban también las necesidades temporales de los fieles. Incalculables son las curaciones que se dicen obtenidas por su intercesión. Entre estos beneficios temporales figura la paz que alcanzó toda la isla; pues llegó á ocupar pacíficamente el trono de Nápoles el hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, que más adelante fué rey de España con el nombre de Carlos III.

El culto á la Madre Santísima de la Luz se extendió á varias ciudades de Italia; propagándose además en España y sus colonias. En Méjico señaladamente adquirió grande incremento merced al celo de los Jesuitas. En Yucatán trabajó con ardor apostólico el P. Francisco Javier Gómez, ocupándose en el ejercicio de las misiones por espacio de 34 años. Tenía por patrona de ellas á la Madre Santísima de la Luz, cuya imagen exponía con provecho á la veneración de los fieles. Otro tanto hacía en la capital el P. Miguel Castillo.

IV

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ EN LEÓN

En 1707 abordó á las playas de Méjico el R. P. José María Genovese, natural de Palermo de Sicilia y vástago de familia nobilísima.

Después de una niñez candorosa é inocente y de haber cursado los estudios preparatorios, ingresó en la Compañía de Jesús en su mismo pueblo natal el 24 de Mayo de 1699. En Nueva España se dedicó primero á las misiones, y luego fué nombrado maestro de novicios de Tepotzatlán, desempeñando este espinoso cargo con singular acierto. Mereció la gracia regaladísima de que la Inmaculada Virgen María se le apareciese en actitud de cobijarle bajo su sagrado manto en unión de sus novicios acariciándolos á todos tiernamente como Madre dulcísima. Por sus virtudes sólidas y por sus raptos se le ha dado el calificativo de extático.

Á manos de este santo varón llegó el cuadro original de la Madre Santísima de la Luz. Deseando con amorosas ansias que esta bellísima imagen, tan estimada en Sicilia, lo fuese también de los fieles mejicanos, resolvió hacer merced de ella á alguna de las casas que la Compañía de Jesús tenía en Nueva España. ¿Cuál será la preferida? Por muchos títulos eran dignas de este honor la iglesia de la Profesa de Méjico y algunas otras de glorioso renombre. Mas el P. Genovese, sin dejarse llevar de la inclinación natural, quiso que el cielo decidiese por medio de la suerte. Sorteáronse, pues, todas las iglesias de la Compañía de Jesús en su provincia de Méjico, y cayó la suerte al novísimo hospicio de León, que apenas llevaba un año de fundación. Repitióse segunda y tercera vez el sorteo, y la iglesia de León fué siempre la favorecida.

Por lo cual se acató con entero rendimiento la voluntad de Dios; y ya hemos referido como fué recibida en dicha ciudad en el día por siempre memorable del 2 de Julio de 1732 y colocada en el templo llamado, *la Santa Escuela*. La autenticidad de la maravillosa pintura se comprueba por una nota que se conserva al respaldo del cuadro, firmada por personas caracterizadas y que dice así: «Esta imagen es la original que vino de Sicilia y que fué bendita de la misma Santísima Virgen, que con su bendición le confirió el poder de hacer milagros, como consta de una carta escrita desde Palermo á 19 de Agosto de 1729 años. Y esta imagen la da el P. José Genovese á la iglesia que se ha de hacer del nuevo colegio, debajo de la condición de que se le haga altar colateral en el crucero de la iglesia, según lo prometido del P. Rector Manuel Álvarez en carta del 3 de Mayo de 1732. Y por ser verdad, lo firman los siguientes Padres, que han leído la carta.—José María Genovese.—José María Mónaco.—José Javier Alagua.—Francisco Bonalli».

Desde que la Madre Santísima de la Luz llegó á León ha sido objeto de una devoción ferviente y entusiasta de los fieles. En 1849 el clero, las autoridades y el pueblo la juraron como patrona principal de la ciudad, lo cual fué confirmado por la Santa Sede el 19 de Diciembre de 1851. Erigida la diócesis de León, fué igualmente proclamada patrona principal de toda ella, cuya elección aprobó la Sagrada Congregación de Ritos por Rescripto de 19 de Septiembre de 1872. María ha demostrado en diversas ocasiones que cumple los oficios de verdadera Madre y protectora de los leoneses.

Un ilustrado escritor recuerda los siguientes señaladísimos favores. Desde el principio ha librado á León de las tempestades, de los rayos y de las sequías, siempre que ha sido invocada en estas necesidades. En 1850 comenzó á desarrollarse en la ciudad la terrible epide-

mia del cólera morbo, que azotaba á casi toda la República. Su virtuoso párroco, D. José Ignacio Aguado, en unión del Ilustre Ayuntamiento, hizo á nombre del pueblo un voto perpetuo de solemnizar todos los años los tres días que preceden á la fiesta de la Asunción, cantando públicamente las Letanías Lauretanas, y el cólera desapareció. No ha sido menos sensible la protección de la Madre Santísima de la Luz en las guerras y revoluciones en que se ha visto envuelta la República. Cuando estalló la guerra de la Independencia en 1810, fué proclamada defensora de la ciudad; y en testimonio de ello se le ofreció un bastón de oro y una banda de color rojo. La poderosa Reina no permitió que entraran á la plaza las fuerzas que en distintas ocasiones le pusieron cerco, por lo cual soldados y paisanos le demostraron su gratitud de modo muy expresivo. Durante el triste período de las revoluciones por que pasó Méjico, en León se disfrutaba de santa paz, de suerte que familias distinguidas de otros estados venían á cobijarse en ella y le dieron el título de Ciudad de Refugio. Á la Madre Santísima de la Luz se atribuye la erección de la diócesis, cuya capital es León, hecha por el Papa Pío IX por Bula de 23 de Enero de 1863.

Famoso es el siguiente prodigio. El domingo 18 de Junio de 1876, á las once y tres cuartos de la mañana, estando la catedral llena de gente para oír misa, cayó de súbito la clave del arco sin que ninguna persona quedara herida ni contusa. Entonces fué cuando el primer Obispo de la nueva diócesis, de eterna memoria para su grey, Dr. D. José María de Jesús Díez de Sollano, colocándose con santa intrepidez bajo el arco sin clave que amenazaba ruina, rogó á la Madre Santísima de la Luz que se dignara sostener y conservar su templo. La celestial Señora oyó benigna las súplicas del santo Obispo, y éste en justo retorno le dedicó una pre-

ciosa capilla llamada *La santa casa de Loreto*, que hizo construir contigua á la catedral. Además desde entonces se celebra diariamente misa á las doce.

En la noche del 18 al 19 de Junio de 1888 se desató sobre la ciudad de León una espantosa tempestad. Las aguas inundaron sus calles, y más de dos mil casas quedaron destruidas, pereciendo unas doscientas personas. En lo más recio de la tempestad invocaron los consternados habitantes á la Madre Santísima de la Luz, y al momento cesaron las lluvias y el viento disminuyó sus fuerzas. En señal de gratitud acordóse unánimemente celebrar todos los años función solemne en los días 18 y 19 de Junio, como de hecho se viene practicando.

V

LA CATEDRAL

Este hermoso templo lo empezaron á edificar los religiosos de la Compañía de Jesús, en cumplimiento de la condición impuesta por el P. Genovese al cederles la maravillosa pintura de la Madre Santísima de la Luz. Se habian comprometido formalmente á erigirle un altar en el crucero. La iglesia se llamaba *La Compañía nueva*; y merced al celo desplegado por los Padres progresó mucho en pocos años. Desgraciadamente hubieron de suspenderse las obras, porque el inicuo decreto expedido por Carlos III en 1767 hizo salir del país y de todas las posesiones españolas á los beneméritos hijos de San Ignacio de Loyola.

Continuaron el hermoso templo los vecinos de la ciudad, entre los cuales se distinguieron D. Pedro Obregón, D. Julián de Obregón y el infatigable párroco D. José Ignacio Aguado. El 16 de Marzo de 1866 tuvo la gloria

de consagrarlo el Ilmo. Sr. Díez de Sollano, primer Obispo de León. Ese mismo día á las cuatro y media de la tarde la venerable imagen fué trasladada en solemnisima procesión desde la parroquia del Sagrario á la nueva iglesia. Al verla llegar á sus puertas, el Ilmo. Señor Obispo, dice un castizo escritor, como resumiendo los votos de las generaciones pasadas é interpretando los sentimientos religiosos de la presente, exclamó anegado en dulcísimas ternuras: *¡Entre la Señora en su casa!* Y todos los leoneses derramaban lágrimas en medio de las más puras emociones de júbilo (1).

En diversas épocas se han hecho reparaciones y reformas al referido templo, siendo las más valiosas é importantes las realizadas para solemnizar la fiesta de la coronación de la santa imagen. El Ilmo. Sr. Dr. Don Leopoldo Ruiz, lumbrera del episcopado mejicano, de concierto con su venerable cabildo, acordó sustituir el altar mayor por otro de mármol, y pintar y decorar la iglesia con todo el esplendor posible, como así se verificó.

La catedral de León es un edificio de elegantes proporciones y de mucha solidez, pues sus paredes miden más de dos metros de espesor. Tiene una sola nave de 72'30 metros de largo y 13'40 metros de ancho. La altura de las bóvedas es de 24 metros, y la de la cúpula de 42. El orden arquitectónico que domina, es el dórico con proporciones bien combinadas, lo que hace que el edificio cause grata impresión al espectador. El altar mayor, construido expresamente para el día de la coronación, tiene forma elegantísima, y costó cincuenta mil pesos. Es de mármol blanco de Carrara y negro con betas amarillas de Oajaca. Su altura es de 16'50 metros, y su ancho en la base de 8'50 metros. En el

(1) *Historia de la imagen de la Madre Santísima de la Luz, aumentada por el Presb. D. Luis Manrique, León 1874.*

centro hay dos nichos, uno para la exposición del Santísimo Sacramento, y en el más alto está colocada la santa imagen provista de valioso marco de oro; dos ángeles de bronce se apoyan en la curva superior del nicho en actitud de sostener la corona.

El presbiterio es bello y espacioso; en él se encuentra el coro de los canónigos. Su pavimento es de mármol, é importó dos mil pesos. El barandal del comulgatorio, hecho de latón y níquel, resulta hermosísima obra de arte; está formado de veinte secciones con una doble puerta en el centro. Sobre las columnas de las puertas se destacan dos ángeles que sostienen sendos candelabros de bronce fino dorado, de 19 luces.

El decorado del templo resalta por lo magnífico; su estilo es del renacimiento, pero reformado, con fondos claros. Lo más notable de la parte decorativa es la referente á la cúpula, debida al diestro pincel de D. Rafael Soria, así como los cuadros murales, obra del joven mejicano D. Candelario Rivas: los tales cuadros representan *La huida á Egipto*, *La Natividad de la Virgen*, *La Visitación á Santa Isabel*, *El Nacimiento de Jesús*, *El Milagro de la pintura de la Madre Santísima de la Luz*, y *La Entrada de la propia imagen en la ciudad*.

VI

LA CORONACIÓN

Los leoneses, que aman con santo delirio á su celestial Patrona, trabajaban con ardiente celo para que la Santa Sede otorgase corona de oro á su protectora imagen. Al efecto los Prelados y el cabildo eclesiástico habian dirigido reiteradas y humildes súplicas á su Santidad León XIII. El inmortal Pontífice, por Breve de

23 de Marzo de 1901, delegó al Ilmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz, que tres meses antes habia sido preconizado Obispo de la diócesis, para que á nombre suyo verificase la augusta ceremonia. El Ilmo. Prelado, con las admirables dotes de talento y virtud que le caracterizan, publicó una Pastoral anunciando que iba á decorar la Basilica y erigir un altar á la Reina del cielo, el más excelente y acabado que fuera dable. Al efecto nombró comisiones que colectaran limosnas de entre los fieles, los cuales parece que hicieron gala de su amor á la celestial Señora y de la generosidad propia de sus nobles corazones, según fueron abundantes las limosnas recogidas. Sin pérdida de tiempo se procedió á la obra, que fué difícil y costosa. Gracias al talento de los señores, presbítero D. Luis G. Orozco é ingeniero D. Ernesto Brunell, la Catedral de León es ahora una de las más bellas de la República.

Hechos los preparativos convenientes, señalóse el día 8 de Octubre de 1902 para la solemne coronación. Desde el día primero del mes se puede decir que empezaron las fiestas, pues los distintos gremios de la ciudad, reunidos en grupos de mil y dos mil personas, visitaban alternativamente en peregrinación á la celestial Señora, celebraban fiestas extraordinarias en su obsequio y le ofrecían valiosos donativos, candelabros, pebeteros y otros objetos para su culto. La inusitada animación que se notaba en la ciudad creció el 7, vispera del gran acontecimiento. Todas las calles, hasta las de los barrios más apartados, aparecían engalanadas con gallardetes, colgaduras y mástiles en que campeaban los colores blanco y azul. La parroquia fué adornada con ricas colgaduras y magníficos cuadros, uno de los cuales tenia esta leyenda: *8 de Octubre de 1902*. Por la noche se encendieron millares de focos eléctricos y farolillos multicolores, que iluminaban espléndidamente la ciudad

y le daban aspecto fantástico. Los trenes llegaban henchidos de gentes de distintos puntos que querían presenciar la glorificación de María. Se calcula en diez mil el número de forasteros que visitaron á León en ese día.

Por fin amaneció el de la gran fiesta. Un repique general de campanas hecho al rayar el alba despertó á los habitantes enardeciéndoles el corazón. Á las nueve y media, hora señalada para la función, la Catedral estaba llena de bote en bote. No menos de cinco mil almas ocupaban la nave y las tres filas de tribunas que se habían construído expresamente para la fiesta. Tenían asientos de honor cinco Arzobispos y once Obispos. El Ilmo. Sr. Ruiz celebró de pontifical, y con visible emoción colocó la corona en los puntos de apoyo sostenida por ángeles en relieve que rematan el cuadro de la santa imagen. En seguida dejóse oír un murmullo como grito que se había ahogado en las gargantas de las cinco mil personas que presenciaban el acto, después un aplauso atronador y alegres repiques de campanas. Todos los ojos estaban arrasados en lágrimas.

El coro entonó *Gloria et honore coronasti eam*, y á continuación el *Te Deum* de Witt á cuatro voces iguales. La parte musical fué desempeñada á orfeón por ochenta voces excelentes, y cantaron la gran misa del Papa Marcelo de Palestrina, monumento de arte é inspiración. Por la tarde hubo fiestas cívicas y amena velada literaria.

La corona es una espléndida joya ejecutada en New York por los señores Benziger, hermanos. Es toda de oro, pesa tres quilogramos, tiene ochocientas piedras medianas, 400 grandes y 40 amatistas. El castizo y elegante escritor, D. Alberto Bianchi, hizo en *El País*, diario católico de Méjico, la siguiente descripción de la corona. La banda baja es de cuatro centímetros de ancho, con una circunferencia de 70 centímetros; está

ricamente adornada con 20 brillantes, 10 rubies y 10 zafiros, todos de gran tamaño. El diámetro del centro de la corona es de 60 centímetros. La parte principal de la corona está formada con 10 *paneaux* (lazos), que se extienden de la banda baja hasta otra más angosta, adornada con 20 fúlgidos brillantes. Los *paneaux* anchos constituyen magníficos adornos ejecutados con insuperable primor. Cada ornamento de éstos está soldado al contiguo por medio de una hermosa figura. Entre los *paneaux* anchos se mezclan artísticamente otros angostos que les dan un efecto mágico. Sobre éstos y la línea que corresponde al mayor diámetro, resaltan bellísimas cabezas de ángeles admirablemente cinceladas y en las esquinas figuran 10 flores de lis.

Las bandas se unen por medio de pasadores de oro. Cada uno de los *paneaux* está montado con siete brillantes y zafiros. En el centro de la roseta está montado un rubi de gran tamaño y circuido por ocho brillantes. Cada flor de lis tiene diez rubies puestos en montaduras abiertas.

Las bandas angostas llevan en el centro rosas artísticamente cinceladas, que á su vez tienen en el centro gruesos brillantes. Como se verá en el dibujo, sobre el globo principal de la corona hay otra que descansa sobre la parte superior de los *paneaux* y que está asegurada por medio de pasadores y tornillos de oro. Esta segunda corona es una ascua de piedras riquísimas sobre montaduras abiertas, y en las que figuran cuatro grandes brillantes y veinte zafiros. La tercera corona que se desprende de la banda angosta superior, tiene veinte rubies. Figura por último, el globo con la cruz por remate. El primero, de relieves, tiene diez hermosos brillantes y otros tantos zafiros, y está adornado en su parte superior con una cinta cuyos puentes están dispuestos hacia arriba, de donde se desprende un ramo de flores de lis. Cada puente lleva un brillante, y las

flores tienen en el centro zafiros. La cruz, verdadero primor del cincel, está cuajada de perlas finas y tiene en el centro un gran brillante, que se estima en más de diez mil pesos, circundado por ocho rubíes y pequeños brillantes.

Vivamente llamó la atención de los concurrentes el ornamento estrenado en esta solemnidad, que por su mérito y riqueza es comparable á la corona, ya que fué trabajado por los mismos artistas. Es de oro, con riquísimos bordados de sedas de colores, figurando rostros de santos y ángeles de relieve. Para formarse idea de su valor baste decir que en 1892 se construyeron máquinas especiales para tejer este ornamento, y sólo se concluyó en 1901.

Terminaremos dirigiendo á la afortunada León la siguiente estrofa de una inspirada oda que se pronunció en la velada literaria celebrada en la tarde del día famoso de la coronación:

«¡Oh mil veces feliz, ciudad hermosa!
Que á la Madre de Dios así engrandesces:
Benedicida serás mil y mil veces:
Tú también serás grande y poderosa» (1).

Autoridades.—*La maravillosa imagen de la Madre Santísima de la Luz*, por el R. P. Laureano Veres Acevedo, S. J., Méjico, 1901.—*La invocación de Nuestra Señora con el título de Madre Santísima de la Luz* por el Bachiller D. José de Tobar, Madrid, 1751.—*La devoción á María, Madre Santísima de la Luz*, escrita en italiano por un Padre de la Compañía de Jesús; traducida por el P. Lucas Rincón, S. J.; 2 vol., Méjico, 1703.—*Catecismo histórico de la venerable imagen de la Madre Santísima de la Luz y de su culto*, por el presbítero José de la Merced Sierra, canónigo magistral de León, 1887.—*Álbum de la coronación*, Méjico, 1903.

(1) Sr. Presb. D. Ponciano Pérez.